

VELARDE.

¡Cómo está la sociedad!

Es decir, ¡cómo la pone un *poeta* mejicano, en el mismo número del periódico de la gimnástica, que ya ustedes conocen!

En el mismo número, sí, en el mismo número del *Porvenir de México*, y poco después de los anejos del Sr. Molina, vienen otros versos en que arremete contra la sociedad otro *poeta* que se llama....

Bien dice el refrán, que "en todas partes cuecen.... Velardes."

O si no cuecen, por lo menos debían cocer, para que se les quitara la crudeza con que tratan á la sociedad.... y á la poesía.

Porque lo que es este Velarde, que así se llama el *poeta* mejicano aludido, es terrible, mucho más

terrible que el otro que teníamos acá y que se nos murió hace poco.

¡Dios le haya perdonado!

Y Dios le perdone también á este de Méjico cuando se muera.

O antes.

Dios le perdone el ensañamiento con que trata á la sociedad, que regularmente no le habrá hecho ningún desaguisado fuerte.

Como tampoco le habrá hecho la poesía más que no hacerle caso, y no sale por eso mejor librada.

Titula el Sr. Velarde su obra de este modo:

"LA SOCIEDAD Y EL POETA.

FRAGMENTO."

Sí, fragmento... Afortunadamente se le quebró al Sr. Velarde la composición y no ha podido presentárnosla entera.

Después que vean ustedes el fragmento, harán el favor de decirme, si la cosa no se llega á romper, lo que nos hubiera pasado.

Así empieza:

"Y tú ¿qué haces, *sociedad inmunda?*"

¡Buen principio!

¿Qué les parece á ustedes del apóstrofe?

Y esto no es más que para empezar, con que váyanse ustedes preparando.

"Y tú, ¿qué haces, *sociedad inmunda?*...."

Por supuesto que la sociedad no le contesta, y hace bien. Porque figúrense ustedes en qué vendría á parar una disputa que comienza con tales epítetos....

Pero el poeta, llamémosle así, suple el silencio de la interpelada, y se contesta á sí mismo.

Verán ustedes lo que dice él que hace la inmunda sociedad:

“Y tú, ¿que haces, sociedad *inmunda*?....
Te *revuelcas* en *pútridas orgías*,
Y en tu mortal *putrefacción profunda*
No ves que llegan tus *postreros días*.”

¿Qué afición á las *pes*!.... *Pútridas, putrefacción, profunda, postreros*.... Podrías pasar, pésimo poeta, por pariente próximo de Pío Pita Pizarro, aquel gobernador de Madrid de las tres *pes* y de progresista memoria....

Por lo demás, como dice Cánovas, me parece que en cuanto á energía en los calificativos no deja nada que desear.

Y sigue:

“Cómplice *infame* de sofistas *viles*,
Al genio miras con *sangriento encono*....”

Pues ¿qué le ha hecho á usted? Vamos á ver....
¿En qué ha conocido usted que le mira con *sangriento encono* la sociedad?....

Porque supongo que eso del *genio* lo dirá usted con referencia á usted mismo ¿eh?.... Sí, cono-

co el sistema ese que tienen ustedes, los malos poetas, de llamarse á sí mismos genios á cada paso. Lo que hay es que no alcanzo los motivos que pueda usted tener para decir que la sociedad le mira á usted con *encono sangriento*....

Siga usted.

“Cómplice *infame* de sofistas *viles*,
Al genio miras con *sangriento encono*,
Y adoras luego *sórdidos* reptiles,
Sandías urracas, *nauseabundos* monos.”

¡Muy bien dicho!....

Y eso que los *monos*, aun siendo *nauseabundos*, no son en rigor consonantes de *encono*, ni aun cuando el *encono* sea *sangriento*. Pero esta es una faltilla de poco más ó menos, que al lado de esa riqueza de epítetos, *infame, viles, sangriento, sórdidos, sandías, nauseabundos, postreros, pútridos* é *inconcomitantes*, resulta imperceptible.

Lo demás, muy bien. Y la está bien empleado á la sociedad ese chaparrón de improprios....
¿Quién la manda mirar al *genio* con *sangriento encono*?....

Adelante, adelante. Vamos á ver qué más *picardías* hace la sociedad inmunda.

“Tú del poeta el corazón destrozas....”

¿También ha hecho eso? ¿También le ha destrozado á usted el corazón la sociedad? ¡Mire usted

si es cruel! ¿Por qué no la llama usted también descastada y sin entrañas?

“Tú del poeta el corazón *destrozas*
(¡No venga usted con brozas!)
Y sofocas sus quejas *desgarradas*;
Y *estólida* al mirarte *te* alborozas
(Y brincas y retozas)
Y prorrumpes en *sandias* carcajadas.”

¿Qué le parece á usted la estrofa con las dos adiciones mías? Diga usted francamente. . . . ¿No es verdad que ha mejorado algo? . . . ¿Si parece ya una estrofa de Núñez de Arce!

Y eso que aquel *mirar*. . . . *te-te*, que ha puesto usted en su tercer verso, no está del todo fino.

Y el epíteto *sandias*, aplicado á las carcajadas, también tiene de malo que hace poco se le aplicó usted á las urracas adoradas por la sociedad infame. Vamos andando.

“Tú le rechazas. . . .”

Tú, suplè sociedad; le rechazas, suple al poeta.

“Tú le rechazas, *miserable arpía*,
(Sigue la letanía).

Como si fuera *repugnante perro*,
(Si se empeña, le encierro):

Tú has insultado la tristeza mía. . . .”

¡Vaya! ¡Acabáramos! Al fin declara usted que el genio ese á quien mira con sangriento encono la inmunda sociedad, y el poeta cuyo corazón destro-

za y cuyas quejas *desgarradas* sofoca la miserable arpía, es usted. . . .

“Tú has insultado la tristeza mía. . . .”

Vamos, la de usted, la del poeta, la del genio. . . . ¿Y así, con esa falta de modestia, se proclama usted genio y poeta *urbi et orbi*? . . .

Pues mire usted. . . . Yo creo que tampoco se rá verdad que la sociedad inmunda le haya hecho á usted todas esas judiadas de sofocarle las quejas, destrozarle el corazón y mirarle con encono sangriento. Pero aunque le hubiera hecho á usted todo eso, no sería culpable de haber causado destrozo alguno en corazón de poeta, ni de haber mirado con sangriento encono al genio; porque usted no es genio, ni poeta, ni cosa que lo valga.

¿A ver que más?

“¡Tú has insultado la tristeza mía!
Me has traspasado con candente hierro.”

¡Pero, hombre! ¿Hasta eso ha hecho con usted? . . . No se le puede á usted creer. . . .

Por supuesto; que en rigor, bien merecía usted ese duro castigo que se aplicaba á los blasfemos antiguamente, porque no es otra cosa que una sarta de blasfemias poéticas, ó más bien antipoéticas, el tal fragmento.

Siga usted:

“*Ruin, corrompida, estúpida, coqueta*. . . .
(¡Nada más? ¡Zapateta!)

De *horrendos vicios pestilente esponja*,
(¡Ya escampa!... ¡Otra lisonja!)
Tú no perdonas al veraz poeta...."

Es decir, que no le perdona á usted; porque usted es, ó quiere ser, el *veraz poeta*....

Pues hace muy bien en no perdonarle á usted. En primer lugar, porque no es usted poeta, y luego, porque tampoco es usted veraz, porque exagera usted los vicios y las faltas de la sociedad, que aunque no es buena, no es tan mala como usted la pone.

"¡Ah! Nunca esperes que el cantor doliente
Sus dolorosas convicciones tuerza...."

Ni hace falta; porque las tiene ya bastante torcidas, ó por lo menos mal dirigidas, en lo literario.

"¡Ah! Nunca esperes que el cantor doliente
Sus dolorosas convicciones tuerza,
Porque se oculta en su indomable frente....
(¿Qué será?... ¡Dios clemente!)
Del *aquilón septentrional* la fuerza...."

¡Atiza!

De modo que esa cabeza es una bomba de aire comprimido....

¡Ya, ya! ¡Bien se conoce!....

Pero ¿por qué dice usted eso del *aquilón septentrional*? ¿Cree usted que hay también *aquilón del Mediodía*?....

Regularmente; porque los malos poetas suelen ustedes creer unas cosas....

Pues no, señor, no. Decir *aquilón septentrional* es lo mismo que decir *aquilón aquilonal* ó *septentrión septentrional*; porque *aquilón* es el viento Norte, y el *septentrión* es el Norte, que se llama así, *Septentrión*, de *Septentriones* (siete bueyes de labranza), las siete estrellas de la Osa Mayor, que también se llama *Septentrio Major*, ó las de la Osa Menor, *Septentrio Minor*.

Bueno: quedamos en que no vuelva usted á decir *aquilón septentrional*, y siga usted:

"¡Ay! Tú has podido taladrar mis huesos,
Hambriento buitre, en *espantosa calma*;
Pero nunca podrás en tus excesos...."

¡Claro que no podrás! ¿Qué más excesos va á cometer, después de taladrar los huesos en *espantosa calma* como un hambriento buitre?....

"Pero nunca podrás, en tus excesos,
Doblar mi frente y corromper mi alma."

Eso está bien, que no sé deje usted corromper el alma, ni doble usted la frente ante ningún poder ilegítimo. Así me gustan á mí los hombres, aunque no sean poetas.

Acabe usted:

"*Pérfida siempre y desalmada* eres,
Siempre al caído escarnecer te he visto,

Y el crimen siempre á la virtud prefieres,
Y aún prefirieras un ladrón á Cristo....”

Desgraciadamente, todo eso es verdad; aunque
no sea poesía.

Que no lo es.



SALVADOR CORDERO Y BUENROSTRO.

Se ha observado que las personas cuyos nombres ó apellidos son de esos que expresan determinadas cualidades, suelen tener las contrarias precisamente.

Es decir, que los que se llaman de apellido *Moreno* suelen ser rubios, y los que se llaman *Rubio* suelen ser morenos, y un *Homobono* suele ser un bribón, y un *Cándido* suele ser un tunante, y una *Rosa* suele ser un espantajo, y una *Pura* es á lo mejor.... cualquier cosa.

No sé yo si el Sr. D. *Salvador Cordero y Buenrostro*, que es el poeta, digámoslo así, que va á ocupar hoy la benévola atención de los lectores y la mía, estará del todo comprendido en la regla.

Por de pronto, aunque se llama *Salvador*, no me parece que es el que ha de salvar á la poesía de